

Tu nombre parece trágico y hecho con una palabra que sufre.

Haceldamá! esta palabra se queja como un herido.

El talego de Judas fué recogido por los sacerdotes.

En seguida buscaron algún sitio de sepulturas infames destinado á los gentiles que por azar morían en la ciudad, enterrándoles así, á fin de que el extranjero quedase siempre fuera, no estando en su casa, ni aun entre los muertos.

Los sacerdotes eligieron el lugar solitario del Alfarero.

Los treinta escudos, con los cuales fué pagado este rincón de tierra, habían servido ya para pagar la entrega de Jesucristo.

Y desde entónces este lugar es nocturno.

Florece: crece la yerva; la aurora lo toca con su luz; pero nada puede disipar su noche.

¡s feroz, pertenece al duelo, al silencio, á la mirada fija y aterradora del infinito.

Un murciélago eterno la roza con sus alas.

Cualquiera que sea el astro, y cualquiera que sea la hora, en este campo lúgubre se entreveé siempre vagamente el bolsillo devuelto por Judas.

Siente uno que se agitan allí mortajas invisibles.

La sangre está suspendida gota á gota en las negruzcas yervas.

Misteriosos vuelos de larvas pasan en el viento, sobre la cabeza del pensador tenebroso, y vagas blancuras se estremecen en la bruma. Ay!

XIX

ECCE HOMO

Había entre los judíos una costumbre bastante antigua, á la que Roma no se oponía, consistiendo en permitir que el pueblo pudiese en libertad, el día de la Pascua, concediéndole su perdón, á uno de los criminales condenados á muerte que se hallasen entonces en las prisiones de Jerusalem.

Cerca del palacio, lugar sombrío en donde la multitud se aglomera, se allegaba el pueblo de la ciudad y aldeas vecinas, como en torno de un colmenar van las abejas.

En la puerta, un licitor impedía la entrada, opouéndose con el mango de su hacha.

Los aldeanos conduciendo sus vacas; las mujeres, que iban al mercado con sus canastos ya en la mano ya en borriquillo, se detenían iluminadas por la sonrosada aurora, ante el dintel custodiado por doce centenarios.

Desde la víspera, el rumor de la fiesta había despertado á los pueblos comarcanos, conduciendo allí á sus habitantes.

Eran los de Asser, de Bethfhagé, de Naim y de Emath, aumentados con el populacho que cada barrio de Jerusalem arrojara ese día en aquel sitio.

Veíanse, yendo y viniendo, sin apoyo ni muletas, á muchas gentes que antes, según se contaba, iban de puerta en puerta mendigando su pan, unos ciegos, otros paralíticos, sordos ó cojos, á quienes curado hubiera el hombre llamado Cristo.

Era la misma multitud, con sus tumultuosos gritos, la misma que unos días antes, agitando al viento ramas verdes y teniendo sus almas hacia el cielo grandemente abiertas, aplaudiendo, cantando cánticos, corría alegre por los caminos, delante de Jesús de Nazareth.

Muchos le habían bendecido como á un dios que se escucha y por haber puesto sus

mantos en el suelo para que pasara, aun llevaban polvo y tierra en sus vestidos.

Dos soldados romanos, con sus cascos muy pulidos, se paseaban delante de la puerta del pretorio.

Vendedores de aguas frescas ofrecían al pueblo de beber y algunos niños jugaban á la taba un poco más lejos.

De pronto, en el dintel del palacio apareció Cristo coronado de espinas y vestido de escarlata; tenía una caña en la mano, Pilatos lo mostró así al pueblo, diciendo:

“He ahí al hombre!”

Cristo callaba con la vista fija en los cielos. Pilatos continuo:

“En este día es cuando se indulta á un miserable; pueblo! á cual prefieres que ponga en libertad, á Barrabás ó á Jesús llamado Cristo?”

“A Barrabás!” gritó el pueblo.

Entonces bajo sus pies, todos creyeron oír y no se qué trueno rodando..... era la carcajada de alguno que se reía en las profundidades de la tierra.

Así juzgaban los judíos bajo la mirada fría de los romanos.

Poncio Pilatos, pensativo, se lavó las manos.

XX

LA MARCHA AL SUPLICO

Terminaba la hora prima en los momentos que Cristo, llevando á cuestras una cruz, salía de la prisión.

Desatádole habían las manos, y sangrando iba por los golpes que recibiera de menegadas manos; al salir fué recibido por la mofa vil del populacho! La ley hiere; el pueblo, abruma.

La cruz enorme, implacable, cuyos nudos no habían sido tallados, estaba hecha de una manera feroz y venenosa, que parecía haber cometido crímenes.

La turba acudiendo, marchaba, corría, se tropezaba, cantando y comiendo panes *azimos*, mostrando á Cristo los puños crispados, lo seguía á los lados del camino, en donde temblaban sus pies ensangrentados.

Las vírgenes, reflejando á la aurora en sus semblantes, lo insultaban y aplaudiendo á su paso, reían de los guijarros que desgarraban la planta de sus pies.

Cristo seguía, viendo cabecitas rubias de

niñas en las puertas de las casas, adornadas con flores para esa fiesta,

Algunos discípulos con las frentes inclinadas; las tres Marías y su madre, le seguían de lejos por el mismo trayecto.

La siniestra mirada de Juan se sumergía en el cielo negro,

La luz, lívida, huía.

La espera era profunda.

Cuatro ángeles estaban en los cuatro ángulos del mundo; estos ángeles detenían el vuelo de los cuatro vientos, para que ninguno soprase sobre los vivientes, ni turbara la cima de las montañas de mármol, ni levantaran una ola, ni agitara un árbol.

XXI

CONSUMATUM EST

Empujado por la punta de las espadas subía Cristo, jadeando, el Gólgota infame.

Una mujer tuvo piedad, y viéndolo pronto á caer, le enjugó el rostro con un paño.

Vuelta que hubo á su casa esta mujer, vió sobre el lienzo sombrío una faz de esplendorosa llama,

Jesús continuaba ascendiendo, sangrando más y más; se detuvo un instante agotado, sintiéndose desfallecer bajo el peso abrumador de la cruz execrable y del anatema infame.

Un hombre gritó:

—Marcha!

—Marcha tu mismo, dijo Jesús.

Y desde entonces, este hombre vaga para siempre.

Uno de los ladrones le dijo:

—“Falso dios! tu blasfemabas. Eres dios? pues sálvanos y sálvate tu también!”

El otro ladrón exclamó:

“Jesús, yo creo; yo te amo; acuérdate que un moribundo ha confiado en tí!”

Entonces, elevando los ojos hacia este crucifijado, Jesús agonizando llegó á sonreírle.

“Hombre, por haber dicho lo que acabas de decir, ladrón, expirando en esa cruz, vas á entrar en los cielos, que es el gran perdón inviolable.”

Se dividieron el manto; en cuanto á la túnica, la jugaron á los dados porque no tenía costura.

De sexta á nona todos los montes fueron inundados por la sombra.

Las tinieblas invadieron toda la tierra.

Y como si alguna mano hubiese plegado sus vértebras, bajó de pronto la cabeza, en sus ojos lúgubres apareció la profundidad de los cielos y lanzando un gran grito, Jesús expiró.

La sombra, humo infame, subiendo, cubrió á las estrellas innumerables.

En el templo, los bueyes de bronce dieron un paso.

El velo se hendió en dos, de arriba á abajo.

Fuera de las murallas se formó un abismo en donde se levantaron todos esos seres que las rocas guardan y que el vasto fango desconocido sepulta.

Y todo fué tan negro, que se desvaneció todo.

Los sepulcros, abriéndose súbitamente, quedaron sin tierra, mostrando sus esqueletos envueltos en mortajas desgarradas

Lividos los muertos salieron de sus tumbas y fueron vistos por muchas gentes,

XXII

TINIEBLAS

Barrabás, lleno de asombro, se veía libre. La ciudad aparece como un caos de casas y de calles, bajo los pliegues de una bruma monstruosa.

Los carceleros, refiriéndose la aventura confusamente, abrieron su calabozo, le quitaron los grillos y le dijeron: "vete, el pueblo te perdona!"

De modo, que lo único que sabe, es que la prisión se cerró tras él; que el cielo está negro, que nadie lo persigue y que puede volar á la sombra él, pájaro de la noche.

Esta elección, que hace morir á Jesús y á él que le hace vivir; toda esa narración, le parece un vino con el cual se ha embriagado

Vaga por la ciudad; se desliza, sale y marcha como un sonámbulo.

Qué camino seguirá? el primero que tenga delante.

Avanza, vacila, busca y continúa.

El no sabe, rodeado como está por la obs-

curidad inmensa, si deja tras sí las murallas de la ciudad; no las ve; su frente turbada se inclina; no apercibe que sube por una vertiente; subir, descender, ir, venir, ayer, hoy, qué importa! él vaga, como envuelto en una nube, vaga y pasa como la eterna bruma; hay sueño y abismo en el fondo de su pupila; se dice por momentos: ¿soy yo quien marcha?—Si.—Todo está tan tenebroso que va como deslumbrado.

El camino que al azar sigue, rastrea y se pierde en el flanco de una montaña en donde crece apenas alguna ortiga; Barrabás, pensativo, subiendo por esa roca, sin saber por donde va, se deja llevar por sus pasos.

El vago horror del lugar agrada á esta alma loba,

Después de haber subido, por algún tiempo, se encontró sobre un espacio sombrío y que parece una cima; se detiene, después estiendo sus manos, y torna á vagar á través de la profundidad.

Marchando, marchando, de repente tropieza con un obstáculo; lo toca; qué árbol es este? dice Barrabás, en donde estoy?

A lo largo del árbol obscuro, levanta sus dos brazos, tan largo tiempo encadenados, que los levanta penosamente.

Este árbol es un suplicio, exclama; y lo tocan sus dedos, por el tormento atroz estropeados.

De repente, azorado, pálido, palpa unos pies; como el sorprendido buho vuelve á ocultarse en el ramaje, con esa prontitud retira sus manos, las siente mojadas; estos pies están frios, un clavo los atraviesa, la sangre se mezcla corriendo á lo largo del madero.

Barrabás, con espanto indecible, retrocede; sus pupilas se dilatan, y en la espesa sombra que le cubre por grados, un pálido bosquejo va acentuándose para él en el negro firmamento.

Es una cruz.

A su pie se halla un vaso conteniendo una esponja que rodea una mata de hisopo.

Sobre el horrible suplicio, desnudo, ensangrentado, los ojos muertos, la frente inclinada, los brazos soportando el peso del cuerpo, la cintura anudada con cuerdas de cáñamo, el costado herido, los pies clavados, las manos clavadas, azuloso, machucado, doblegado, colgante, roto, desfigurado, aparece un cadáver, blanco y como iluminado por la lividez sepulcral de un sueño.

Esta cruz en el fondo del silencio se levanta.

Barrabás, como un hombre que despierta sobresaltado, se estremece.

Es verdad que era eso un suplicio vil, manchado, espantoso, fijado con ayuda de cuñas en la arena.

Barrabás lo miró.

El horror era inexpresable.

El cielo estaba disuelto en un vapor mal-sano, y nada se sentía, más que miedo.

Por doquiera la ceguedad, el estupor, una huída de la vida eclipsada, espantosa ó destruida.

Sudario sobre Sion; mortaja sobre Josafat.

La sombra inmensa tenía el aspecto de una acusación.

El mundo estaba cubierto de una noche infamante.

Era el abrumamiento más negro que la tormenta.

La sombría extinción del aliento y del ruido.

Para los ojos del alma, con esas letras de la noche que hacen visible el pensamiento insondeable, una mano escribía en el fondo del infinito.

“Responsabilidad del hombre delante de Dios.”

El silencio, el espacio obscuro, la hora, el lugar, la roca, la sangre, la cruz, los clavos, parecían jueces,

Barrabás, en presencia de esta sombra, sin refugio, se estremeció como ante la faz de la ley y mirando al cielo dijo:

“¡Yo no he sido!”

Después, como un fantasma, en esa noche estancada, larva estremecida y asustada, pálido se aproximó lentamente á la cruz.

Aproximándose á ella, vacilaba y se doblegaba como un mástil bajo la ola movediza.

Insensato y como atraído, á pesar de su espanto por la especie de luz que salía de este muerto, espectro subía con una especie de eafuerzo, hacia el otro espectro, incierto como un crepúsculo y así avanzaba con el ademán con que se retrocede; inquieto, herizado, como agitado por el viento y pronto á huir á cada paso que daba.

Jesús, muerto, esparcía en torno un resplandor lívido. La muerte, no osando tocarlo, dejaba flotar en las cavidades tristes y sangrientas de los ojos el resto de una mirada tierna y misteriosa.

Su frente inclinada parecía iluminarse á medida que se aproximaba ese hombre con un paso vacilante.

Cuando Barrabás estuvo cerca, la pupila brilló; si algún ángel llegado de los cielos hubiera estado allí, habría creído ver rastreando en el horror de una tumba á una serpiente fascinada por el ojo de una paloma.

El bandido, doblegado bajo el espesor de la bruma, creciendo por momentos, contemplaba; y la tierra tenía el aspecto de una huérfana,

En la sombra se pensaba.

Entonces sobre esa áspera colina y bajo los vastos cielos desolados y como si el estremecimiento de los pensamientos infinitos cayera de esta cruz, abriendo sus brazos fúnebres, yo no sé qué espíritu entró en las tinieblas de este hombre y le cambió en formidable.

Un fuego profundo brotó de sus ojos fulminantes.

El alma inmensa de Adán, yaciendo en el calvario, pareció, de pronto, estar en este ladrón severo.

Barrabás levantó la voz, mandando sus acentos al lado de los montes que ocultan á Jerusalem en bruma siempre triste.

En tanto que él hablaba, arrojando en la extensión el anatema, los gritos, los enojos, las afrentas, algo que se vió más tarde sobre otras frentes, una lengua de fuego brillaba y giraba sobre su cabeza como un viento de tempestad.

Barrabás en pié, transfigurado, tembloroso, terrible, gritó:

"Pueblo! horrible pueblo sanguinario! qué has hecho.

"Oh! Cain, Nemrod, Dathan, todos vosotros, qué crimen es este que sobrepasa á todos los vuestros?

"He aquí lo que se hace con los justos en esta tierra!

"Populacho! cómo te inclinabas antes á sus pies y corrias á venerarlo y á adorarlo en las plazas públicas y veias en su espalda dos alas angélicas!

"Era tu pastor, tu guía, tu sostén!

"Apenas aparece un hombre, pueblo! para hacerte bien, para traerte algún divino mensaje, para hacerte mejor, más fuerte, más dulce, más prudente; para abrirte el cielo sombrío, esperanza de los muertos, le sigues primero y después, de pronto, lo muerdes, lo escarnias, le odias, lo insultas, lo denigras!

"Oh! rebaño de ovejas, de donde sale un montón de tigres!

"¡Qué premio para tantos combates santos y sublimes!

"Ese es Jesús! este es Barrabás!

"El arcángel ha muerto, y yo, el asesino está libre!

"Han puesto al astro con el fango en equilibrio, y del lado horrible se ha inclinado su balanza.

"¡Cómo! por un lado el cielo, del otro el pecado; allí el amor, la paz, el perdón, la plegaria, el rayo desvanecido en luz, los enfermos curados, los muertos resucitados, un sér todo cubierto de vida y de claridades; aquí, el asesino bajo el cual el espanto se abriga; todos los vicios, el robo, la sombra una alma leprosa, un bandido herizado con innumerables atentados.

"Oh! si á mi se hubiesen dirigido; si cuando tenía el cuello con la argolla de la cadena hubiese venido á verme Pilatos en la húmeda paja de mi calabozo para decirme:

"Veamos, te se deja la elección; sabes que es una fiesta y pues se debe crucificar alguno: ó Cristo de Galilea ó tu, la bestia salvaje, responde, bandido, á cuál de los dos quieres que se salve?"

"Yo habría presentado mis puños diciendo:

"Clavadlos!

"Cielos! los reyes son bendecidos, los sacerdotes incensados; el vestido de gloria está sobre el alma de ceniza: un crimen, semejante á una fosa, estaba abierto, el hombre acaba de descender en él; una maldad enorme estaba virgen; el hombre se ha desposado con ella.

"Ahora, Cain mata con un beso

"Esto se acabó, el dragón reina; se funda el mal,

"Ya no se cantará por más tiempo en la selva profunda.

"Los hombres no tendrán aurora en su corazón!

"El amor ha muerto; el duelo lamentable vence; el último resp'andor se apaga en la naturaleza.

"Ellos mismos han hecho con sus propias manos la clausura de la piedra espantosa y sorda de la tumba!

"Puesto que lo verdadero, lo puro, lo santo, lo bueno, lo bello, están ahí en ese patíbulo, todo está dicho, ya nada existe.

"Desde ahora, el hombre es abominable y desgraciado.

"Esta cruz va á cubrir de cadalsos las ci-
mas, este mundo es presa que devora el
averno,

"Desde hoy se tendrá por ley á la obscu-
ridad, por juez á la igaorancia; vencer, se-
rá para él la única diferencia.

"La emancipación de los monstruos le
conviene.

"La noche, esta bestia, lo tiene asido.

"El mal no existiría si no tuviera una al-
ma; esta cadena de horror que en el mundo
empieza por César y termina en Barrabás,
va más lejos que el hombre y más bajo aun
va en la sombra.

"Como la serpiente se hincha y desenvuel-
ve bajo la yerva espesa, así siento que se es-
tremece debajo de la tierra ún sér espantoso.

"Sé contento, tú, allá bajo nuestros piés.

"Yo apercibo, en el fondo de esta bruma
y delante de esta cruz tu rechinido de dien-
tes, esa risa infame de las tinieblas,

"Y tú, mundo vil, oh! raza humana que
celebras los ritos del infierno. sobre altares
de espanto, tiembla en tus profundidades;
oigo en torno de tí las reclamaciones que
hacen las bocas abiertas del abismo.

"Género humano! de rodillas le pido per-
dón á tu víctima.

“Ya tu negrura es imborrable, desde el momento que se crucifija al apóstol resplandeciente; desde el momento que bajo la sombra abyecta espira la aurora; y que él, el mejor, perece en lugar de mí, el peor.

“Oh! yo beso su cruz y sus pies ya fríos, y monstruosamente salvado por tí, digo:

“Maldito seas:

“Desgracia para tí, mundo impuro y cobarde, mundo en donde yo no tengo nada de bueno más que mi ingratitud!

“Sé maldito por el que acabas de salvar; que sangre eternamente este Cristo sobre tu cabeza; que un diluvio de oprobio y de duelo te sumerja; hombre, más pronto á caer de lo alto de la justicia que el relámpago de lo alto del firmamento, se maldito en estos clavos, en este patíbulo, en esta hiel; se maldito en mi cadena rota.

“Se condenado, mundo á quien la sangre sirve de rocío, por haberme libertado, y á él abandonado; mundo horrible que perdonas con ferocidad; tu, cuya ceguera crucifija y lapida; tu que no vacilaste sobre el abismo, y estúpido, ni aun has sentido estremecerse uno solo de tus cabellos en esta elección formidable entre Dios y Satanás.”

XXII

CONSIDERACIONES

La triste humanidad sobre la cual pesa la vergüenza de los justos condenados y de los malvados absueltos, se halla como tumbada con la rodilla al pecho. por una visión triste, eterna y terrible.

Un calvario aparece en la negra nube que mira fijamente todo el género humano.

Una lividez de cráneo y de osamenta, cubre ese monte deforme por do sube un hombre pálido; el hombre lleva una cruz y se oye su respiración jadeante; sus pies sangran sobre los guijarros del sendero; sus ojos lloran, anegados en resplandores divinos; su faz tiene insultos que no se han limpiado; la sangre corre y ennegrece sus cabellos en las sienes; y abrumado, por la cruz, el hombre cae, desfallece, se arrastra, se incorpora y torna á caer de nuevo y por momentos solo puede levantar lúgubrementemente su cabeza.

La mirada del género humano estremeciéndose continúa fija en esa nube por do

marcha el hombre; una turba le sigue; llega á una plataforma; infames puños crispados arrancan su túnica, gritos feroces, "Marcha! no haya misericordia!" y él va enseñando su espalda enrojecida y sangrienta por los golpes; mofado por los ladridos y mordido por los ganchos de yo no se qué pueblo vil, envidioso de los verdugos.

Para él. son todas las afrentas escupidas por la turba: se extiende al hombre, desnudo como un Adán, terrible, sobre el patíbulo que ha arrastrado todo el camino; se sepultan clavos en sus manos; cada mano arroja un chorro de sangre al que la clava; el verdugo blasfema limpiándose la cara; la multitud rie.

Después de las manos se clavan los pies; el martillo, torpe, machuca los dedos lastimados; se apoya sobre su cabeza la corona de espinas y en seguida, entre dos bandidos expiando sus rapiñas. jurando horriblemente, levantan la cruz que oscila, moviendo el cuerpo con sacudimientos que cesan de pronto, cayendo á plomo sobre sus pies y manos el hombre clavado en ella; la sangre se desliza por el leño en hilos rojizos y la madre está al pie del patíbulo y llora, y la multitud rie.

¡Veamos, Dios Jesús, desciende de esa cruz! una esponja empapada en hiel le ofrecen para que beba:

"¿Tienes sed? bebe"

Y el pueblo horrible, tiene el aspecto del lobo en la madriguera y el gran paciente dice:

"Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen!"

Después, hé aquí que la tierra con el cielo se confunde.

Noche, oh! noche, todo se estremece, aun el sacerdote, y de pronto á este grito que sale de esa boca;

Elhoim. Elhoim, Sabacthani! se ve un temblor en el fondo del infinito y como un palido relámpago que vacila y que naufraga en la inmovilidad formidable de la sombra.

Y en tanto que los corazones, las manos juntas, los ojos rien embargados por no se qué de atracción subyugadora y terrible en presencia de este suplicio monstruoso; en tanto que bajo la bruma espantosa en donde tiembla este crimen que contiene á todos los crímenes juntos; bruma ante la cual Judas retrocede, la cruz vacila; el centurión se sorprende y dice: yo creo! en tanto que bajo

el peso de la acción maldita, bajo Dios sangrando, medita el espanto del género humano, voces hablan; los hechos están oscurecidos por la sombra; la piedad se desgarran en lúgubres narraciones.

La tradición, fábula errante que se acepta, aparece, desaparece, vuelve y se desvanece, como el viento entre las hojas.

En esa extraña noche girando en torno del hombre la leyenda siniestra que esparcida está en todas las bocas, pasa por el cielo negro, en harapos.

Esta multitud humana tiene el estupor del hecho siempre presente allá en lo alto, verdadero, real, aunque por intervalos lo ve el sueño.

Así sobre este rebaño, tembloroso, inmóvil, lúgubre y asombrado que se llama humanidad, caen desde el fondo de la sombra y de la eternidad yo no sé qué fragmento de quimera y de historia y de sueño á los que el infierno une su resplandor negro.

El hombre tiene miedo del cielo que sangra en el oriente.

El huracán está lleno de espectros que exclaman:

Oh! naciones, el asesinato eterno se consuma!

Y entre todas las palabras que pronuncia el hombre no hay ninguna por palpitante que sea, que pueda pintar ese horror de tumba y de selva, ese cuchicheo de los cuatro evangelistas y la agitación de las grandes alas tristes que en el abismo del duelo inexplorable, tienen el águila, el león, el buey y el arcángel,

Han podido pasar diez y ocho siglos sin que el hombre en derredor del cual murieron Bizancio, Atenas y Roma; extinguiéndose el batallar legendario de Carlo Magno; desaparecido Mahoma, haya dejado de mirar esa cruz, esa cima, esa blanca sangrienta y esos resplandores divinos bajo el entrecruzamiento monstruoso de las espinas, y sin que haya cesado de oír ni por un instante el inmenso grito lanzado al negro firmamento, legible para siempre en ese sombrío registro, y el desgarrar del gran velo siniestro, y en la obscuridad consciente, sobre ese madero suplicatorio en donde está el ser llamado Jesús y por encima de los pensadores estudiando las Biblias, el sollozo terrible de las bocas invisibles!

XXIV

CONCLUSION

La flagelación de Cristo no ha terminado. Todo lo que sufrió en su lenta agonía en el monte de los Olivos y en los parajes públicos, bajo la cruz y sobre la cruz, lo sufre siempre.

Después del Gólgota, Jesús abriendo sus alas, partió á la eterna aurora y aunque allí resplandezca soberbio y gracioso en la tranquilidad sideral de los cielos, en la gloria entre los arcángeles solares que á sus pies se asientan, sobre todos los dolores, sobre todas las cóleras, sobre la nube invisible y gravitante de los días cada vez que en la tierra y en nuestros templos y en nuestros palacios los doctores y los escribas infligen al inocente sus cobardes calumnias; cada vez que miente el que debe enseñar; cada vez que de un traïdor sale un juramento; cada vez que el juez tan pronto como ha orado arroja al pueblo esta palabra:

Justicia, y en secreto tiende una mano horrible al oro infame; cada vez que se falta

al deber, que se entonan cánticos y hossanas al crimen, que se aplauden los desastres allá entre los astros en el azul que ningún aliento tempestuoso mancha ni corrompe, Cristo estremeciéndose, enjuga un insulto sobre su frente

Después de haber doblegado bajo la ley que difama y bajo la ley que mata, ay! á este sér augusto; después de haber clavado en el madero al justo, al inocente de donde la sangre corre y el perdón brota; delante de esa obscuridad de las sentencias de muerte, delante del espantoso poder de quitar la vida y de transformarse en el que hace morir pero no hace nacer, delante del tribunal, delante del presidio, delante del hacha, el hombre ha retrocedido? No.

Bajo esa cruz que se llama horror desconocido, continúa lo que se llama aquí justicia.

Es un espectro ciego y sordo, cuyo manto es la sombra, apenas se acuerda de haber fijado en el suplicio á esa inmensa inocencia radiosa.

En presencia del bien. del mal, en la confusión de las faltas, de los errores, en donde el justo perece, nadie tiene miedo de esta palabra:

“Jesucristo!”

El hombre no ha cesado de desnaturalizarse en el trágico orgullo de condenar á su hermano.

La abertura horrible, infame, temeraria del sepulcro en medio de las leyes, es el puerto y el negro género humano se abriga en la muerte.

Tristes jueces, con qué está hecha su alma?

El grande espectro que lleva encima de su cabeza el letrero tenebroso y flameante INRI, pálido, lacrimoso, ensangrentado, herido de muerte, latigueado pende delante de ellos en la cruz dolorosa, en tanto que cada palabra pronunciada por ellos, abre una fosa en la sombra y levanta un cadalso.

Muera ese hombre! muera esa mujer! es preciso! muera el hijo del pueblo! ¡muera el hijo de las cabañas!

Y no veis mis clavos? les dice Cristo.

Cuántos justos muertos! Cuántos buenos condenados! Cuántos santos coronados por una sentencia infame!

Oh! martirio! ascencimiento horrible del suplicio!

El asesinato, altivo, sagrado, público; la ley cómplice.

Olas de sangre inocente!

Si por alguna cima Jacob, el hombre de los viejos días, á dormirse tornara, volvería á ver una ascensión de ángeles, pensativos, puros, bañados de luces extrañas, subiendo uno después del otro, y teniendo en sus rostros sonrientes mucho de la inmensidad y del oriente; éstos levantando sus manos, aquellos abriendo sus alas, tranquilos, resplandecientes, serenos.

Y esta escala, hermana de aquella que la sombra robase á sus ojos, no termina en el cielo ay! sino en el cadalso.

Puesto que las cosas así están hechas, puesto que en la tierra se degüella siempre á los profetas, qué se debe pensar y creer oh! vastos cielos?

Cuán pocos altares están sin remordimiento!

Por doquiera han dejado su cicatriz los falsos dioses, en la naturaleza, santa matriz suprema.

Por doquiera el hombre es malvado, corazón vil bajo una mirada de orgullo, y merece la caída inmensa del relámpago.

Los rayos en lo alto hacen inútiles estallidos.

Lo que debe creerse con lo que debe ha-

cerse, siempre en lucha está, ay! sin ponerse jamás de acuerdo.

Así murió Jesús; y los pueblos desde entonces arredrados han sentido que el desconocido mismo se les apareció en este Hombre Supremo y que su Evangelio era semejante al cielo.

El Gólgota, funesto y pestilencial, les parece el tumor deforme del abismo salvajemente adusto, se levanta en el fondo misterioso del crimen.

En ese lugar se halla el más lívido relámpago del abismo, en ese lugar en donde la religión siniestra mató á Dios.

FIN.

FE DE ERRATAS

(LAS MAS NOTABLES)

Pag.	Línea	Dice	Debe decir
VII	11	vervo	Verbo
VII	13	esas profecías	en esas profecías
IX	11	será	Será
IX	22	positibismo	Positivismo
X	8	encicopedistas	Encicopedistas
X	17	a sus sentidos	á sus sentidos;
XI	13	afan burlado;	afan burlado
XIV	16	con Platon con Newton	un Platon un New- ton.
XV	03	la libertad	la libertadl
XV	14	entrevee apenas,	entrevee apenas;
XV	18	todo un poema,	todo un poema;
XV	21	sacrificios son	sacrificios van
XV	18	en las almas	en las almas;
XXII	6	y Platon	y Platon,
XXII	12	repara	reposa
XXII	18	Cataclismo	Catolicismo
XXX	23	veronesca	Veronesca
XXXI	11	Shakespeare el in- gles	al ingles Shakespeare